

no puede hacerlo la Iglesia ni la Facultad. ¡Ah! como ustedes no le saquen su fruto á la tierra, á fuerza de machacar en ella, ¿con qué potras van á sostener la institución? ¿de dónde van á salir estas misas? En Pedralba, lo primero es poner la finca en condiciones, pues... Hoy da cuatro; debe y puede dar cuarenta, y cuando los dé, vengan pobres, y vengan tullidos, y dementes, y tíñosos, y ciegos, para sanarlos á todos. Lo demás, es andarse por las ramas, y empezar las cosas por el fin. La dirección debe ser agrícola y administrativa, y aquí no hay más pontífice del campo que *este cura*, yo mismo, y para concluir, sepan que esos son los deseos del señor Marqués de Feramor, según carta que tengo aquí y que puedo enseñarles.»

Callaron un rato el médico y el cura, como agobiados bajo la pesadumbre del último argumento presentado por Amador; pero el ingenioso don Remigio no tardó en recobrarle, y con nuevos y sutiles razonamientos, pegó la hebra en esta forma: «¡Pero mi querido Amador, si el señor Marqués no es quien ha de decidirlo! No niego yo su respetabilidad, ni su autoridad, ni sus excelentes deseos; pero hay que desengañarse, el señor Marqués no toca pito, no puede tocarlo en un asunto que es de exclusiva competencia de su señora hermana.

—Hemos convenido, amigo don Remigio—

dijo Amador,—en que la Condesa es un ángel...

—Un ángel del cielo...

—Los del cielo no sé; pero los de la tierra necesitan curador. Dejemos á la virtuosísima, á la celestial doña Catalina de Halma entregada solita á sus piedades, y á las blanduras de su corazón, y dentro de dos años tendrá la finca embargada.

—Se equivoca usted, Amador. La señora sabe cuidar de sus intereses.

—Pero la señora no labra las tierras, cree que con labrar el cielo basta, y el trigo y la cebada, ¡caracoles! y los garbanzos y las patatas, no veo yo que nazcan de nubes arriba.

—También arriba nacen, señor de Amador, y nuestro Padre celestial, que da ciento por uno, derrama sus dones sobre los que con fervor le adoran.

—Si yo no siembro, nada cogeré, por más que me pase el día y la noche engarzando rosarios y potras. Don Remigio, todo eso del misticismo eclesiástico y de la santísima fe católica, es cosa muy buena, pero hace falta trigo para vivir. Señores, pongámonos en el ajo de lo positivo. Coloquémonos *bajo el prisma* de que el primero de los dogmas sagrados es la alimentación.

—¡Hombre!...

—La alimentación he dicho, ¡caracoles! Dí-

ganme: donde no hay manutención, ¿qué hay?

—No exageremos—replicó Láinez, que un gran trecho había permanecido silencioso.—Concediendo toda la importancia al *aspecto* administrativo, yo creo que la dirección... no nos apartemos del tema, señores, creo que la dirección no debe ser agrícola ni administrativa. Esto no es una granja.

—Yo digo que sí, una granja hospitalaria y monacal.

—No es eso.

—Y aunque lo fuera—añadió el médico,—la dirección debe correr á cargo de la ciencia, que todo lo abarca, la ciencia, señores, que...

—¡Hombre, no nos dé usted más la tabarra con su cansada ciencia! Porque francamente, si en estas cosas, nos pone usted á la religión bajo la férula de una casquivana como la ciencia, la religión tendrá que inhibirse y decir: «allá vosotros».

—No señor, porque la ciencia...

—En resumen—chilló don Remigio, algo quemado,—que usted propondrá á la señora que le nombre jefe omnimodo de Pedralba, con poder sobre el director espiritual y sobre todo bicho viviente.

—¡Oh, no vengo yo aquí á trabajar *pro domo mea!* Pero si doña Catalina de Halma se digna tomar en consideración mi dictamen, y después

de establecer la dirección científica, me hace el honor de designarme para ese puesto, no rehusaré, no señor, tendré á mucha gloria el des-empañarlo.

—Pero como la señora no aceptará tal desatino, mi querido Láinez... No se enfade, no quiero ofenderle...

—Paz, señores, paz—dijo Amador notando en Láinez temblores del bigotillo pegado, y en don Remigio una vertiginosa movilidad de los ojos, las gafas, la nariz y las manos,—y ya que no nos pongamos de acuerdo, no llevemos á la señora, en vez de consejo sano y prudente, un embrollo de mil demonios.

—Está en lo cierto el amigo Amador—manifestó don Remigio recobrando su habitual placidez;—la verdad es que hemos olvidado la cuestión concreta, en la cual estamos de acuerdo, para meternos en una cuestión constituyente, que nosotros no hemos de resolver; al menos hasta ahora la ilustre dama no nos ha consultado sobre la manera de organizar el Instituto Pedralbense. ¿Estamos conformes en que debemos aconsejarle la eliminación, no digo la expulsión, la eliminación del acogido don José Antonio de Urrea?

—Sí—contestaron los otros.

—Pues no hay más que hablar. Yo tomaré la palabra en nombre de los tres.

—Convenido.

—Y si en el curso de la conferencia, apunta el otro problema, el magno problema, lo trataremos, lo discutiremos, cada cual dirá su parecer, y allá la señora Condesa que resuelva. Es sensible que sobre el punto grave de la organización no le llevemos una idea unánime. Vean ustedes: ninguno de los tres es ambicioso, y no obstante, lo parecemos. Si cada cual expresara ante la fundadora de Pedralba sus opiniones en la forma que lo hemos hecho por el camino, lejos de ilustrarla, la llenaríamos de confusiones, y turbaríamos la tranquilidad de su grande espíritu. Dejémosla, que ella sola, con la ayuda del Espíritu Santo, sin oír nuestras proposiciones radicales y un tantico interesadas, ha de llegar á la posesión de la verdad. Las dificultades que la práctica le vaya ofreciendo le han de hacer comprender, aunque el Divino Espíritu no le diga nada, la necesidad de una dirección en cabeza masculina, y el carácter que esta dirección debe tener.»

Tan acertadas y discretas razones cayeron muy bien en los oídos de los otros dos caballeros, y como ya estaban á poca distancia del castillo, pusieron punto á su conversación, y se aproximaron con semblante risueño, viendo que la misma señora Condesa salía á recibirles afectuosa.

IV

Por la tarde, Urrea y el mayor de los Borregos estuvieron dando vuelta á la tierra con el arado en una de las piezas de sembradura próximas á la casa. Nazarin y el Borrego chico regaron los plantíos nuevos de la huerta, á mano, con cubos y regadera, y después escardaron los baneales, que con los abundantes riegos de días anteriores, habían formado costra. Silencioso y atento á su trabajo, el clérigo no hablaba con su compañero más que lo preciso. Ladislao había ido á la fuente del monte, á traer la ropa lavada por Aquilina, y los chicos, después de dar la lección con Halma, se fueron á jugar con los nietos de Cecilio en el campo frontero á la casa de abajo. En la cocina se hallaba la Condesa, de mandil al cinto, fregoteando la loza, cuando Beatriz, que arriba trajinaba, bajó á anunciarle la llegada de los tres señores á caballo. «¡Ah! no les esperaba tan pronto—dijo la dama, preparándose para recibirles decorosamente.—Vienen como en son de capítulo ó consejo. ¿No sabes á qué? Luego lo sabrás.

—Me figuro que será para que admitamos á las tres ancianas enfermas de Colmenar, que quieren venir á Pedralba. Yo creo que tendremos local, pasándome yo al cuarto de Aquilina.

—No es eso: las tres viejecitas llegarán el lunes. Las acomodaremos como se pueda, hasta que el maestro nos arregle los cuartos del Norte. Nuestros tres amigos vienen á otro asunto, muy delicado por cierto, del cual me habló anteayer don Remigio. Quiera Dios iluminarlos para que conozcan cuán injusto... En fin, no puedo contártelo ahora; es cosa larga.»

Salió la señora al encuentro de los viajeros, y subieron los cuatro á la única habitación de la casa, propia para visitas, y aun para conclaves tan solemnes como el que aquel día en Pedralba se celebraba, porque tenía dotación de sillas hasta para seis personas, y un sofá de principios de siglo con asientos de crin, que á la legua transcendía á cosa eclesiástica y capitular. Encerrados allí la Condesa y sus tres amigos, discutieron y peroraron todo lo que les dió la gana, sin que fuera de la estancia se sintiese rumor alguno, ni había tampoco por allí oreja humana que lo recogiese. Á la hora y media, más bien más que menos, salieron, y se marcharon cómo habían venido. Nadie supo lo que allí con tanto sigilo se había tratado, ni ninguno de los huéspedes de Pedralba, fuera de Urrea, sentía comezón de curiosidad por aquella desusada reunión. Por la noche, en el rosario y cena, notó el ex-calavera muy encendidos los ojos de su prima. Sin duda había llorado. Concluída la ce-

na, y cuando se despedían para marchar cada cual á su dormitorio, la señora dijo á Urrea: «Poco te ha durado el buen acomodo del cuartito de la torre: tú y el padre tendréis que iros á la casa de abajo, porque necesitamos alojar aquí á tres ancianitas. Se os llevarán las camas allá. Ten paciencia, Pepe. Para eso y para todo te recomiendo la paciencia, sin la cual nada de provecho haríamos aquí.»

Y no dijo más, ni él se atrevió á expresar cosa alguna, pues al intentarlo se le ponía un nudo en la garganta. La señora, después de dar á cada cual la orden de trabajo para el día siguiente, se retiró. Á Beatriz le tocaba aquella noche la función de conserjería, cerrar puertas y ventanas, apagar fuegos y luces, cuidando de que todos, media hora después de la cena, entrasen en sus respectivos aposentos. Buscándole las vueltas para cogerla sola, Urrea pudo cambiar con ella algunas palabras, cuando atrancaba la puerta del Norte, después de cerrar el gallinero.

«Beatriz, por lo que más quieras en el mundo, dime qué han venido á tratar con mi prima esos tres facinerosos.

—¡Jesús, yo no sé!

—Sí lo sabes. Dímelo por Dios.

—Te has olvidado de una de las principales reglas que nos ha impuesto la señora. Aquí no

se permite contar lo que pasa, ni llevar y traer cuentos. Cada cual ocúpese en desempeñar su trabajo, sin cuidarse de lo que digan ó hagan los demás.

—Es verdad... Pero como sin duda se trata de alguna conspiración contra mí; tengo que defenderme.

—Yo no sé nada, José Antonio, no me preguntes.

—Pues dime sólo una cosa. ¿Ha llorado mi prima?

—Eso no puedo negártelo, porque bien se le conoce en los ojos.

—¿Y sabes el motivo?

—¡Oh, el motivo!... Que no puede hacer todo el bien que quiere. Su alma tiene grandes alas; pero la jaula es corta... Y no más. Silencio te digo, y retírate.»

No tuvo más remedio el pobre novicio que meterse en su aposento de la torre, donde encontró á Nazarín de rodillas frente á la imagen del Crucificado. El farolito que alumbraba la estancia estaba en el suelo: iluminadas de abajo arriba las dos figuras vivientes y el estrambótico mueblaje, resultaba todo de un aspecto sepulcral. En el profundo abatimiento de su espíritu, Urrea se creyó en un panteón. Echándose en la cama, como para tomar la postura del sueño eterno, y sin esperar á que el apóstol pere-

grino acabase su rezo, le dijo: «Padre, ¿se fijó usted en los ojos de mi prima?

—Sí, hijo mío—replicó el clérigo, siguiendo de hinojos, y moviendo tan sólo la cabeza para mirarle.—La señora Condesa, nuestra reina, nuestra madre, ¡ay! ha llorado mucho.

—¿Se enteró usted del conciliábulo?

—Sé que llegaron juntos esos tres señores, y estuvieron aquí largo rato. Como no me importa, ni es cosa de mi incumbencia, no tengo más que decir.

—Creo firmemente que se han reunido para expulsarme de aquí, y que obedecen á intrigas de mi primo Feramor. Me lo dice el corazón, me lo dice la tierra cuando la labro, los troncos cuando les pego con el hacha, me lo dicen los bueyes cuando les pongo el yugo. No puede haber equivocación en esto; el vivir en medio de la Naturaleza, rodeado de soledad, le hace á uno adivino.

—Si eso fuera cierto—dijo Nazarín levantándose, y acudiendo á él con ademán afectuoso,—si en efecto, por éstas ó las otras razones, se te mandara salir de Pedralba...

—Ya sé lo que usted me dirá... que me vaya, es decir, que me muera.

—Estamos aquí para la obediencia, para la resignación, para no tener voluntad propia. Ya me ves á mí: toma mi ejemplo.

—¿Pero usted no considera que lanzarme de aquí es ponerme en brazos de la muerte?

—¿Por qué? Dios velará por ti.

—¿Y á dónde voy yo, padre?

—Al mundo, á otra soledad como ésta, que encontrarás fácilmente. Búscala, que nada abunda tanto en la tierra como la soledad.

—No, no: yo, fuera de aquí, soy hombre concluído. Halma debe suponer que mi expulsión de Pedralba es mi sentencia de muerte. Dígaselo usted.

—Yo no puedo decir eso á la señora, ni nada. Asilado como tú, la regla me prohíbe hablar al superior, cuando éste no me habla. Contesto á lo que me preguntan, y nada más.

—Pues se lo diré yo, le diré que desconfíe de esa gente infame...

—No hables mal, no injurias, no aborrezcas.

—¡Ah! Nazarín es un santo: yo quisiera serlo, pero la maldad antigua, la que existe allá en los sedimentos del corazón no me deja.

—Porque tú quieres. Lucha con tus malas pasiones, pídele á Dios auxilio, y vencerás. Es menos difícil de lo que parece. Si alguien te causa agravios, perdónale; si te injurian, no respondas con otras injurias; si te hieren, resistelo y calla; si te persiguen en una ciudad, huyes á otra; si te expulsan, te vas, y donde quiera que estés, arranca de tu corazón el anhelo de ven-

ganza para poner en él el amor de tus enemigos.

—Y haré todo eso, que es muy hermoso, si, muy hermoso—dijo Urrea con ligerísima inflexión irónica;—pero antes de adoptar vida tan santa, quiero despedirme del mundo con una satisfacción: le cortaré la cabeza á don Remigio, que es el alma de este complot indigno.

—Hijo mío, parece que estás loco—dijole Nazarín, posando la palma de su mano sobre la frente ardorosa del calavera reformado.—Pero qué absurdos se te ocurren. ¡Matar!

—¿Pues no me matan á mí?

—Privarte de estar aquí no es darte la muerte.

—Me la daré yo si me arrojan.

—Bah, eres un niño; pero yo estoy al cuidado tuyo, y procuraré que no hagas mañas.

—No puedo, no podré vivir fuera de aquí... Cuando salga, ó me arrojaré con una piedra al cuello en el primer río por donde pase, ó buscaré un abismo bien negro y profundo que quiera recoger mis pobres huesos.»

Su pecho se inflaba. Una opresión fortísima en la caja torácica le impedía expulsar todo el aire recogido por sus ávidos pulmones. Se ahogaba; le faltó la voz, y de su garganta salía un gemido angustioso. Al fin rompió á llorar como un niño.

«Llora, llora todo lo que quieras—le dijo el curita manchego sentándose á su lado.—Eso es bueno. Las penas de la infancia, con el lloro quedan reducidas á nada.

—¡Ah, bendito Nazarin—exclamó Urrea entre sollozos, estrechándole la mano,—soy muy desgraciado! Reconozca usted que no hay infortunio como el mío.

—Pues hijo, de poco te quejas. Tú eras malo, muy malo, tú mismo me lo has dicho. La señora Condesa quiso corregirte, y lo ha conseguido hasta un punto del cual no ha podido pasar. Pero luego viene Dios á completar la obra, te coge por su cuenta, y te manda adversidades y amarguras para que con ellas puedas alcanzar tu completa reforma. Bendice la mano que te hiere, resignate, anílate, y sentirás en tu alma un grande alivio.

—No podré... no podré...—replicó José Antonio, afectado de una gran inquietud nerviosa.—Usted, como santo, ve todo eso muy fácil... y naturalmente, por ser usted así, dicen que está loco... No lo está, yo sé que no lo está... pero por eso lo dicen, por no ser usted humano como yo... Fórmeme á su imagen y semejanza, hágame divino, y entonces... ¡ah! entonces yo también perdonaré las injurias, y bendeciré la mano negra de don Remigio que me hiere, y la boca sucia de Láinez que me escupe.»

Y como si le pincharan, saltó del lecho, gritando: «No puedo, no puedo estar en ese potrero... Necesito salir, respirar el aire, ver las estrellas...

—Salir al campo es imposible: la regla no lo consiente, y además, la puerta está cerrada.

—Pues yo quiero salir, correr... ver el cielo.

—Abriendo la ventana lo verás. Ven: ahí lo tienes. ¡Cuán hermoso esta noche!»

Ambos contemplaron un instante el estrellado firmamento, y ante la inmensidad muda, indiferente á nuestras desdichas, Urrea sintió crecer su inmensa pena. Retirándose de la ventana, dijo suspirando: «Padre Nazarin, si usted me quiere, hable de esto con mi prima.

—Yo no puedo hablar de esto ni de nada. ¿Qué soy yo aquí? Nadie, un triste acogido. Ni tengo autoridad, ni voz, ni opinión, y sólo en caso de que la señora me preguntara, le manifestaría mi humilde parecer. Calificado de demente, me han puesto en esta santa casa al amparo de la sublime caridad de la Condesa de Halma. Figúrate tú si es posible que ésta pida consejo á un hombre cuya razón se cree perturbada, y si yo á dárselo me atreviera, figúrate el caso que haría de mí.

—Catalina, como yo, no cree que nuestro querido Nazarin padezca de enajenación. Esas son vulgaridades en que un espíritu superior

como el suyo no puede incurrir. Sabe que usted posee la verdad divina, y que su voz es la voz de Dios...

—No digas desatinos, Pepe. Confórmate con lo que el Señor disponga de ti. No luches contra su poder... entrégate.»

Urrea se arrojó en una silla, abatiendo sus brazos como un hombre rendido de luchar.

«Aunque usted todo lo sabe y todo lo penetra—dijo después de una larga pausa,—yo necesito confiarle cuanto hay dentro de mí. Más que por deber, lo hago por necesidad, porque el corazón no me cabe en el pecho, porque me ahogo si no le cuento á alguien mi pena, la causa de mi pena, y la imposibilidad del remedio de mi pena.

—Pues sentémonos aquí, y cuéntame todo lo que quieras, que si no tienes sueño, yo tampoco, y así pasaremos la noche.»

Tanto y tanto habló Urrea que, al concluir, ya palidecían las estrellas, y se difundía por el cielo la purísima luz del alba.

V

A las nueve de la mañana, Halma y Beatriz, en un cuarto de los altos, daban las últimas puntadas en las sábanas y colchas para las camas de las viejas que pronto entrarían en la co-

munidad de Pedralba. Con tiempo por delante, trabajo entre las manos, y sin testigo que las cohibiese, hablaron largamente. «Con que ya ves—decía la Condesa,—cuando yo pensaba que en esta soledad no vendrían á turbarnos las pasiones que hemos dejado allá, resulta que la sociedad por todas partes se filtra; cuando creíamos estar solas con Dios y nuestra conciencia, viene también el mundo, vienen también los intereses mundanos á decir: «Aquí estoy, aquí estamos. Si te vas al desierto, al desierto te seguiremos.»

—¡Vaya, que es tecla la de esos señores!—replicó Beatriz.—¿Qué daño les hace el pobrecito José Antonio?

—Este tumulto ha sido movido por mi hermano y otras personas de la familia, que no ven nunca más que el lado malicioso y grosero de las cosas humanas. Las almas tienen ojos: las hay ciegas, las hay miopes, las hay enfermas de la vista... En casa de mi hermano se reúne gente frívola y vana. Yo les perdono las mil ridiculeces que han dicho de mí; creí que nunca más tendría que pensar en tales malicias ni aun para perdonarlas. A mis hermanos les compadezco por ignorar que no siempre prevalece en las almas la maldad, y que una conciencia dañada puede purificarse. No creen; hablan mucho de Dios, admiran sus obras en la Natu-

raleza, pero no saben admirarlas ni entenderlas en la conciencia humana. No son malos, pero tampoco son buenos; viven en ese nivel medio moral á que se debe toda la vulgaridad y toda la insulsez de la sociedad presente. A tales personas, hazles comprender que nuestro pobre José Antonio se ha corregido, que no es aquel hombre, sino otro. Semejante prodigio no entra en aquellas cabezas atiborradas de política, de falsa piedad y de una moral compuesta y bonita para uso de las familias elegantes.»

Antes de referir lo que dijo Beatriz, conviene manifestar que, habiéndole ordenado una y otra vez la Condesa que la tutease, hizo los imposibles por complacerla, sin poder conseguirlo más que á medias. La obediencia y el respeto en su lengua se tropezaban, dando lugar á fenómenos rarísimos. Cuando estaban las dos en la cocina ó lavando ropa, y surgía conversación sobre cualquier asunto doméstico, la mujer de pueblo llamaba de tú sin gran esfuerzo á la señora. Pero cuando se hallaban en el piso alto de la casa, y recaía la conversación en cualquier punto que no fuera del trajín diario, se le resistía el empleo de la forma familiar, vamos, que con toda la voluntad del mundo, no podía, Señor, no podía.

«¡Y por esas cosas perversas que piensan los de Madrid—dijo Beatriz,—tendrá la señora que

arrojar de aquí á su primo! ¡Lástima grande, porque el pobrecito cumple bien, y es tan gustoso de esta vida del campo!

—¡Arrojarle! Nunca he pensado en ello. Sería una crueldad. Le defenderé mientras pueda, y creo que antes se cansarán ellos de atacarle que yo de defenderle. Pero presumo, mi querida Beatriz, que este negocio de mi primo ha de ocasionarme algún trastorno en mi pobre insula, si esos señores insisten en señalarle como un peligro para mí y para Pedralba. Yo desprecio la opinión aviesa y calumniosa; pero tal podrá llegar á ser la que se ha formado en Madrid contra mí por haber admitido aquí al pobre Pepe, que no habrá más remedio que tenerla en cuenta. Podrían sobrevenir sucesos que dieran al traste con nuestro humilde reino, porque las autoridades eclesiásticas me retirarán su protección, dejándome sola, la autoridad civil me mirará también con malos ojos, y ¡adiós Pedralba, adiós nuestra dichosa soledad, adiós nuestros días serenos consagrados á Dios y á los pobres!

—Eso no puede ser—dijo Beatriz muy vencida.—El Señor no lo consentirá.

—El Señor lo consentirá por darme un sufrimiento más, y acabar de probarme. El Señor, que me afligió, cuando á bien lo tuvo, con tantas desdichas, ahora me envía la mayor y más

dolorosa, mi honra puesta en duda, Beatriz, y...

—¡*Tu* honra!—exclamó Beatriz irguiéndose altanera, y por primera vez empleó el *tu* en un asunto grave.—No, yo digo que eso no puede ser, y si la honra de la mujer más santa que existe en el mundo no brilla como el sol, digo que el Infierno se ha desatado sobre la tierra.

—Calma, calma. El Infierno está donde estaba, las gentes mentirosas y frívolas hacen hoy lo que han hecho siempre, y mi conciencia, tras pasada de parte á parte por la mirada de Dios, resplandece gozosa delante de todos los infiernos y de todas las maldades habidas y por haber. Esto digo yo.

—¡Y yo—exclamó Beatriz, presa de una súbita exaltación, levantándose,—digo que *tú* eres una santa, y que yo te adoro!»

Cayó á sus pies, como cuerpo muerto, y se los besó una y otra vez.

«Levántate... déjame... no me gustan esos extremos—dijo Halma.—Óyeme con tranquilidad.

—No puedo, no puedo... ¡La idea de que ultrajan á mi reina y señora me enloquece!

—Ten calma y paciencia. ¿Qué te importa á ti ni á mí que me ultrajen? ¿No nos desagradaba Dios al instante, dándonos la alegría del padecer, esa felicidad que ellos no conocen?... Déjame seguir, y que acabe de explicarte la causa de lo turbada que estoy.

—Ya escucho—dijo Beatriz sentándose, pero sin atender á la costura.

—Pues reducido el caso de José Antonio á cuestión pura de conciencia, nada temo. Soy inocente, él también, y Dios lo sabe. Desprecio los juicios de la frivolidad humana, y sigo impávida mi camino. Pero como no somos libres, como dependemos de una autoridad, de varias autoridades, si retengo á mi primo en Pedralba, corre peligro nuestra pobre ínsula religiosa, esta ciudad, ó más bien aldea de Dios que tanto trabajo me ha costado fundar. Aquí tienes el horroroso conflicto en que me veo. Si Dios no se digna iluminarme, no sé cómo he de resolverlo... Es triste, tristísimo, que para no aparecer como rebelde á la autoridad eclesiástica, tenga que dar el golpe de gracia á un inocente, y apartarlo de esta bendita vida... Nunca será justo ni caritativo que le expulse; pero ¡ay! habré de exponerle la situación y suplicarle que nos deje.»

Callaron ambas, volvieron á funcionar las agujas, y los picotazos de éstas y los suspiros de las dos costureras parecían continuar el triste diálogo. Metida en sí misma, la Condesa prosiguió razonando así: «Es triste cosa que no se encuentre la paz ni aun en el desierto. Yo ambicionaba crearme una pequeña sociedad mía, consagrada conmigo al servicio de Dios; yo de-

seaba decirle á la sociedad grande: «No te quiero, abomino de ti, y me voy á formar, con cuatro piedras y una docena de personas, mi pueblo ideal, con mis leyes y mis usos, todo con independencia de ti...» Pero no puede ser. El organismo total es tan poderoso, que no hay manera de sustraerse á él. La Iglesia, contra la cual no tendré nunca acción ni pensamiento, no me deja mover sin su permiso en este humilde rincón, donde me encierro con mi piedad y el amor de mis semejantes. Para conservarme en la compañía de mis hermanos, de mis hijos, tengo que transigir con las rutinas de fuera, venidas de allá, del enemigo, del mundo. Huyo de él y me acosa, me sigue á mi Tebaida, diciéndome: «Ni en lo más hondo de la tierra te librarás de mí.» ¡Dios me dé luces para librarme de ti, sociedad grande! ¡Déme paciencia para sufrirte, si no consiente mi emancipación!»

Una hora más tarde, hallándose la señora en la cocina, proseguía su monólogo, y recobraba lentamente el admirable reposo de su espíritu. «Vaya, que es para tomarlo á risa. Yo creí que mi insula, oculta entre estas breñas, viviría pobre y obscura, ni envidiosa ni envidiada. Y ahora resulta que la cercan y la acosan las ambiciones humanas. ¡Pobre insula, tan sola, tan retirada, y ya te salen por todas partes Sanchos que quieren ser tus gobernadores! La Iglesia me

pide la dirección de esta humilde comunidad; la Ciencia, no queriendo ser menos, también pretende colarse, y por último, solicita dirigirnos y gobernarnos... la Administración. ¿Y qué haré yo ante tan apremiantes intrusos? El Señor me dirá lo que tengo que hacer, el Señor no ha de dejarme indefensa y vacilante en medio de este conflicto. ¡Obediencia, independencia!... ¡Oh, entre vosotras dos, dígame el Señor cómo he de componerme.»

Antes de comer, Beatriz, que en toda la temporada de Madrid, y en los días de Pedralba, no había tenido ni ataques leves de su constitutivo mal espasmódico, creyéndose por tan largo reposo completamente curada, sintió amagos aquel día, sin duda por las emociones violentas de su diálogo con la señora. Procuró ésta tranquilizarla, asegurándole que con la ayuda de Dios todo se arreglaría: para que se distrajera, y amansara con un saludable ejercicio los desatados nervios, la mandó á llevar la comida de Urrea y Nazarín al monte, donde ambos trabajaban. Aquilina, que era la designada para esta comisión, se quedó en Pedralba, y Beatriz, con su cesta á la cabeza, se puso en camino gustosa de tomar el aire y divagar por el campo.

Por la tarde llegó don Remigio de paseo, el cual se mostró con la señora Condesa más amable que nunca, dándole palmaditas en el hom-